

gel, a enfrentarnos unos a otros y juzgar desde nuestro propio (e, insisto, inescapable) punto de vista. Como quiera que sea, estas pequeñas reflexiones no hacen

justicia a un texto sugerente, radical y que merece ser tomado en cuenta aun por aquellos quienes no comparten el punto de vista conservador.

## NOTAS

1. Su característica más prominente, y, además, permite establecer el diálogo entre posturas tan contrarias como las de, p. e., Rawls, Nozick y Walzer.

2. Londres / Nueva York, Routledge, 1993.

3. Hay que recordar que, a diferencia de los conservadores del continente europeo, que son «estatastas», los conservadores británicos siempre han aceptado la limitación de la autoridad estatal.

## EL MAGO DEL NORTE

José Carlos Castañeda

ISAIAH BERLIN, *El mago del norte. J.G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno*, Tecnos, 243 pp.

Isaiah Berlin pertenece a esa rara estirpe de filósofos que navega a contracorriente. Por formación y convicción comparte ideas de la escuela liberal; sin embargo, gran parte de su obra profundiza en los cimientos de la oposición más radical a esta postura; incluso ha planteado que ser liberal no consiste solamente en aceptar opiniones divergentes, sino en «admitir que quizá sean tus adversarios quienes tienen razón».

Su vocación filosófica estriba en pensar contra sí mismo; como una manera de aproximarse a los dilemas de la modernidad, ha sugerido que de «los ataques críticos» puede extraerse una enseñanza más importante que de la sencilla repetición de los lugares comunes de la defensa de los

valores ilustrados. En diversos ensayos ha situado su pensamiento crítico en una enrucijada cultural, donde el ascenso del romanticismo coincide con una crítica de los postulados de la Ilustración. Durante una larga entrevista con Ramin Jahanbegloo, Berlin aseguró que ha aprendido de la visión de los enemigos de la Ilustración que ciertos conceptos de la edad de la razón, y sobre todo ciertas implicaciones políticas, son inadecuadas y a veces desastrosas, aunque aclara que no comparte ni admira sus ideas.

Se ha preocupado por retratar, en un sentido profundo, las complejas combinaciones de la historia del pensamiento. Su método integra la biografía y la historia de las ideas. Esta amalgama vislumbra una sensibilidad intelectual que atiende por una parte a los escenarios culturales que rodean y gestan nuevas concepciones, pero también rememora los comportamientos individuales, las escenas privadas que constituyen la formación de un pen-

sador. En el caso específico de *El mago del norte*, la biografía abre el texto como punto de referencia esencial para comprender la paradójica reflexión de este precursor del romanticismo. Pero, ¿quién es el mago del norte? ¿Solamente un escritor, apenas mencionado en las historias de la literatura alemana como uno de los inspiradores del movimiento literario conocido por *Sturm und Drang*? ¿Por qué Johann George Hamann? Berlín afirma que su interés en exponer las ideas de este mago parte del hecho de reconocer que es «el primer adversario radical y sin desmayo que tuvo la Ilustración». Fue el enemigo más extremo y apasionado, consistente e implacable, antagonista de toda concepción racional y científica de su época. Sospechaba de cualquier construcción teórica, pues consideró que en el mejor de los casos sólo eran ficciones útiles y en el peor, medios de distorsión —formas de evadir el enfrentamiento con la realidad. Dedicó su vida a cultivar un jardín romántico, el irracionalismo.

Desde el prefacio, Berlín sostiene que no escribe como «portavoz de las ideas de Hamann»; al contrario, se propone ser el testigo de una de esas «tropas irregulares de la civilización». Existen, al menos, tres ensayos donde puede rastrearse el interés de Isaiah Berlin en este excéntrico protagonista: «La contra-Ilustración», «Hume y las fuentes del irracionalismo» y «La apoteosis de la voluntad romántica: la revuelta en contra del mito de un mundo ideal». En ellos se percibe claramente cómo Berlín ha abordado a este pensador anómalo hasta el grado de dedicar un libro íntegro a esclarecer los múltiples pasajes que componen el agreste arrecife de sus ideas.

Con su habitual tratamiento de los problemas, esforzándose en ofrecer una visión clara, haciéndose cargo de las múltiples aristas del irracionalismo, Berlín concentra en un tríptico esa miscelánea caóti-

ca de reflexiones del mago del norte que se presenta como enemiga de toda construcción sistemática. Inicia con un análisis de su visión de la naturaleza, las fuentes y la validez del conocimiento y de las creencias; después advierte sobre la originalidad de su teoría del lenguaje y, de modo más general, del simbolismo; cierra con el examen de su concepto del genio, junto con una breve exposición sobre su pensamiento político.

Hamann había comparado su prosa con un archipiélago donde es imposible tender puentes entre las islas, «porque, precisamente, a eso es a lo que es contrario, a la construcción de un sistema que suprima lo más vivo, individual y real». Era «un nominalista místico». Vivía obsesionado por la idea de un mundo en proceso de perpetua recreación que nunca podrá ser descrito con categorías estáticas. El ideal racionalista oculta un sueño carcelario, una voluntad de aprisionar el sentimiento y la diversidad para recluir la individualidad en el universalismo vacío, en la generalidad insensible.

Su crítica del conocimiento parte de Hume. Cree que los racionalistas están ciegos ante la naturaleza porque rechazan los sentidos y las pasiones. Se queja duramente del dualismo que escinde al ser humano en cuerpo y alma. Se opone a la duda cartesiana, la creencia —apuntó— es el origen de nuestra inquebrantable certeza del mundo y de Dios. El hombre —señaló Hamann— ha perdido la fuente de la realidad porque se aleja «de la inmediatez del sentimiento y de la experiencia de los sentidos». La ciencia en sus edificios racionales comienza a construir otro mundo, fascinado por formas abstractas y arbitrarias, y quisiera que fuera idéntico al mundo real que ha abandonado. Pero la existencia, cree Hamann, precede lógicamente a la razón. Y la única vía de acceso a la realidad es la experien-

cia directa que tiene el límite de la finitud humana. Mientras, la razón se escuda frente a la realidad con la construcción de sistemas, con la creencia en instituciones convencionales o con una vida sometida a los dictados del buen sentido. Su repudio de la racionalidad científica apunta a una imaginación estética. Rechaza que el lenguaje de la naturaleza pueda ser matemático. Dios no es un geómetra, es un poeta, e insinúa que si Dios es un artista, ¿por qué pretender sujetarlo en limitadas nociones racionales? Ataca a la razón como a una víbora venenosa.

Hamann descrea de toda proposición general acerca del mundo porque ve en ellas una mutilación de la variedad y precisión del mundo. Imaginó la misión del filósofo como una explicación de la vida inmersa en sus contradicciones y peculiaridades, ajena a todo intento de sustituir la experiencia inmediata con «castillos en el aire» que suavicen o inviten a fantasear con mundos armoniosos, aseados y bellos. Apeló al principio socrático para advertir que la tarea del pensamiento radica en reconocer la ignorancia y la debilidad de ser humano. Concebía la realidad «como un proceso autogenerador, un empuje de una voluntad viva», nunca como «una materia inerte que obedece leyes inalterables». Afirmó que la vida es acción y no una estática que pueda analizarse en un laboratorio, como en la alegoría de la mariposa viva con hermosos y brillantes colores que se convierte en un cadáver gris, carente de vida cuando la atraviesa el alfiler del científico. Incluso en su extremismo antirracionalista se preguntaba: «¿qué hay en los fenómenos naturales más comunes, que no debemos tener por un milagro?». Ninguna ley natural lo convence de la normalidad racional, todo le resulta extraordinario. Para Hamann, la vida misma es un prodigio sublime, incommensurable para la mente humana.

Berlin destaca que el mago del norte es uno de los primeros en plantear que el pensamiento es el uso de los símbolos y en concluir que la alternativa de un pensamiento no simbólico es ininteligible. Desde este ángulo exploró el sentido de las tesis lingüísticas. Hamann piensa que el criterio de la razón debe ser el lenguaje. Las palabras no son abstracciones temporales y uniformes, sino que cambian con el devenir personal, social e histórico. Esta interpretación, subraya Berlin, tiene particular influencia en Herder.

En la idea del genio creador se adivina una visión estética que vaticina claramente el romanticismo. Berlin la describe así: «la Belleza es vida en su forma más característica, global, dinámica y palpable, llena de conflictos y contradicciones, como sólo ella puede estarlo, no se suaviza ni se pone en orden por ningún francés con peluca y medias de seda obsesionado por la teoría». Esta instantánea antirracionalista exhibe el sustrato romántico que explotará como «un apasionado odio hacia el deseo de los hombres de comprender al universo o a ellos mismos en términos públicamente inteligibles y de reglamentarse a sí mismos y a la naturaleza para alcanzar, gracias al conocimiento científico, fines comunes a la mayor parte de los hombres y las épocas». La originalidad de Hamann estriba en oponerse a la autoridad institucional, para apelar al individuo como único criterio para juzgar el genio. Anhelaba romper con «el orden establecido fijo y congelado de las reglas». Exigía no confundir la vida con categorías estilizadas. Insistía en que la sabiduría surge en «inmersión en la vida». Veía en el genio una divina enfermedad que rivalizaba con el sentido común y las normas impuestas. Creía que si se confía más en un juicio ajeno que en el propio, se deja de ser libre.

En su posición política se puede observar el germen de los discursos fascistas,

que mezclan en dosis explosivas oscurantismo y populismo, aunado a un profundo antiintelectualismo, que resulta en una versión idealizada de la «democracia reaccionaria». Una frase resume el origen de este itinerario amenazador: «No hagas nada o hazlo todo; el mediocre, el moderado me repelen: prefiero lo extremado», anotó Hamann. Un himno que pone todo el peso de la vida en la acción directa, y que preludia la provocadora tesis de Herder: «Piensa menos y vive más».

Hamann es el profeta de la revuelta romántica contra la razón. Su enseñanza construye los cimientos de la crítica más feroz y persistente a la razón moderna y su proyecto ilustrado. Sin duda se escuchan muchos ecos de su voz y la de otros románticos en el llamado posmodernismo; quizá ése es uno de los motivos que llevó a Berlin a estudiar a este original crítico, pues su libro muestra cómo en el debate posmoderno se repiten ideas características del romanticismo que son tan antiguas como la polémica entre Kant y Hamann.

Isaiah Berlin percibió en sus estudios del romanticismo una rebelión contra la utopía que se basa en «la posibilidad de descubrir fines verdaderos, objetivos y armoniosos, válidos para todos en todo tiempo y lugar»; lo que se ha puesto en crisis —con el advenimiento de los románticos— es la alternativa de buscar una edad de oro o una sociedad perfecta, porque en el fondo han reconocido que los fines humanos pueden ser incompatibles y la probabilidad de una comunidad ideal es absurda, porque una síntesis de soluciones correctas a los problemas capitales de la vida humana es incoherente.

No existe una vía para librarnos del conflicto de existir. No se podría imaginar una organización absolutamente racional que conduzca a la unión perfecta de todos los ideales. Viviremos entrecruzados por el conflicto y la perplejidad, porque ése es el precio de la libertad, o también, como recuerda Berlin que dijo Kant, porque «jamás se hizo nada derecho con el fuste torcido de la humanidad».